

un lenguaje totalmente idealista, en tanto en «La biblioteca de Babel» esboza el problema de la finitud o infinitud del lenguaje, con lo cual prefigura una anticipación del enfoque generativo que Chomsky estudiará científicamente tres lustros más tarde⁴⁹.

Toda la estética borgesiana, desde los años veinte, está planteada a partir de su fijación u obsesión por el lenguaje. El escritor, como creador lingüístico, no se limita a los elementos proporcionados por el lenguaje cotidiano⁵⁰. Su aspiración es crear textos capaces de alterar los códigos lingüísticos en vigencia. Para ello, no sólo acude a la creación de nuevas metáforas –supremo reto– sino también a la asociación de ideas diferentes en una sola unidad, a la coexistencia y fusión de lo diverso, a toda suerte de transposiciones plásticas de la realidad.

La obra entera de Borges, dentro de la economía expresiva que la caracteriza, es una continuada elaboración y reelaboración de contraposiciones y contrastes bajo diversas formas, desde la aporía eleática hasta el empleo constante de paradojas y conceptos –o agudezas– en la más pura tradición barroca. No es ajena a esta misma tradición la utilización de procedimientos como el oxímoron, es decir la fórmula mediante la cual se aplica a una palabra un adjetivo que parece contradecirla⁵¹.

Muchas de las postulaciones del pensamiento borgesiano hallan su expresión natural a través de la utilización de uno o varios de estos recursos al mismo tiempo.

Desde muy temprano en su carrera literaria, Borges propende a la vindicación de lo poético, ya se trate de Unamuno o de la poesía gauchesca. Y también desde muy temprano, tanto sus juicios literarios como los elementos integradores de su posterior estética, se elaboran a través de un estilo conceptista.

En *Discusión* enuncia que «el menor de los hechos presupone el inconcebible universo»; en «El arte primitivo y la magia» muestra su ya incurable seducción por «no nombrar el objeto, sino sugerirlo»; en la *Historia de la eternidad*, proclama sin más su descreimiento de todas las interpretaciones, incluso de la propia. Sus diversas atracciones el escepticismo raigal, el gnosticismo, el nominalismo, el hermetismo y otros tantos ismos de diver-

⁴⁹ Aunque los ríos de tinta que corrieron –y siguen corriendo– sobre Borges harían necesaria más de una cita, nos place recordar aquí muy en particular lo señalado por María Beatriz Fontanella de Weinberg en un Homenaje a Borges realizado en Bahía Blanca pocos días después de su muerte; cf. BOEHI N.º 4 (abr. may. 1986), pp. 3 a 5.

⁵⁰ Véase p. e. sobre este punto Alfred J. Mac Adam, «Lenguaje y estética en Inquisiciones». Revista Iberoamericana, Vol. XLIII (1977), N.º 100-101, pp. 637-644. Cf. p. 642.

⁵¹ Ver Jaime Alazraki, La prosa narrativa de Jorge Luis Borges, Madrid, Gredos, 1974; cf. pp. 323, y sigs.

so origen, debían empalmar –para convivir– con una escritura conceptista en parte heredada y en parte creada por él mismo. En lo que tiene de artificio creador, esta escritura tiende un puente entre la profunda renovación estética que se produce en la España del siglo XVII y la que se produce en América, y concretamente en la Argentina, en el siglo XX.

El restante parentesco aquí esbozado, el de Borges con Unamuno, no tiene menor interés. Las convergencias y diferencias entre ambos ya han sido motivo de algún estudio, sobre todo en el plano temático y de ideas: la conciencia de la muerte, la lucha unamuniana por la fe frente al escepticismo borgesiano, la pluralidad del ser. Pero más importante que estos aspectos, nos parece que la contradicción y la irrealidad en ambos «vienen a ser artificios literarios en contra de toda limitación del ser que cuestione la realidad aparente»⁵².

El encuentro de Ortega y Unamuno

La confrontación entre Ortega y Unamuno alcanza ribetes épicos en la historia del pensamiento español contemporáneo. Es una verdadera batalla intelectual y personal –elementos que en ambos son una misma cosa– en la que caben todas las oposiciones: europeísmo orteguiano-españolismo unamuniano, vocación racionalista-vocación mística, y multitud de otros debates sobre los temas más diversos. Sin embargo, Ortega y Unamuno tienen, al menos, dos puntos de encuentro. Uno de ellos es Cervantes, nada menos. No es extraño, entonces, que el «energúmeno español» (que decía Ortega) escribiera con pasión una *Vida de Don Quijote y Sancho* ni que el propio Ortega escribiera sus *Meditaciones del Quijote*, bien que buscando no el equijotismo del personaje sino el quijotismo del libro⁵³.

El otro punto de encuentro, que estimamos de capital importancia, es la preocupación estético-literaria de ambos pensadores. Ya hemos señalado que Borges, literato por excelencia, se detuvo precisamente en las cualidades poéticas del autor de *Niebla*. Por cierto, la bibliografía sobre el Unamuno literario es ya suficientemente amplia y valiosa como para que nos detengamos aquí a reproducirla con el fin de subrayar sus cualidades de genuino escritor.

⁵² Dolores M. Koch, «Borges y Unamuno convergencias y divergencias» Cuadernos Hispanoamericanos, N.º 408 (1984), pp. 113-122; cf. p. 122.

⁵³ Ver nuestro trabajo «Ortega y el ensayo literario hispánico», Cuadernos Americanos, Año XLIV, Vol. CCLII (1985), pp. 165-177.

La preocupación y la vocación lingüística y literaria de Ortega no es menos acuciante. En su momento, de manera muy lúcida, Ángel Rosenblat estudió aspectos importantes del estilo orteguiano, desde su afán de claridad (desvelación, *alétheia*), hasta el ritmo, la utilización de neologismos y, sobre todo, la metáfora y la paradoja⁵⁴. En cuanto a la metáfora, baste recordar las memorables páginas que el autor de *La deshumanización del arte* dedicó a la cuestión, entre ellas «La metáfora» y «Las dos grandes metáforas».

En cuanto a la paradoja, la obra de Ortega es un verdadero catálogo de voces que reproducen el recurso, a través de su utilización concreta o como instrumento calificador de situaciones, personajes, países, ideas. Pelayo H. Fernández consignó, estudió y clasificó este inmenso material⁵⁵. No es extraño que este mismo estudioso diera a luz dos valiosos *Idearios etimológicos*, uno de ellos dedicado a Ortega y el restante a Unamuno⁵⁶.

Más allá de sus inconciliables diferencias, Unamuno y Ortega comparten una sostenida voluntad de renovación estilística. Y ambos brillan igualmente por la «agudeza e ingenio» que se traducen en sus respectivas obras. Este conceptismo renovador, o neoconceptismo, contribuye de manera notoria a la revitalización del español moderno. Nos arriesgamos a pensar que el valor de ambos pensadores reside con más firmeza en sus inquietudes estilísticas, literarias –y, por cierto, humanísticas, en la mejor tradición de este último término– que en la eventual consistencia filosófica –*stricto sensu*– de sus variadas y divergentes ideas y «puntos de vista». De aquí que el género literario en el que ambos también se encuentran, sea el ensayo, confluencia de brillantez intelectual y libertad expositiva.

Si la relación entre ambos escritores se considera desde otro ángulo, el de una potencial geografía de la cultura, la polarización esquemática también tiene su excepción. En otras palabras, aún si aceptamos poner de un lado el europeísmo de Ortega y, del otro, el «bárbaro africanismo» de Unamuno, habrá que admitir pese a todo la existencia de un surco común, de un camino que atraviesa el Atlántico y llega a América, de manera especial a la Argentina. No vamos a reproducir, por conocida y estudiada, la relación de Ortega con la Argentina, sus viajes a nuestro país, su relación fundacional con la revista *Sur*, la exposición y presencia de sus ideas entre nosotros.

⁵⁴ Cf. Ángel Rosenblat, *Ortega y Gasset: lengua y estilo*, Caracas, Instituto de Filología Andrés Bello, Universidad Central de Venezuela, 1958.

⁵⁵ Cf. Pelayo H. Fernández, *La paradoja en Ortega y Gasset*, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1985.

⁵⁶ Ver sus trabajos: *Ideario etimológico de José Ortega y Gasset*, Gijón, 1981 e *Ideario etimológico de Miguel de Unamuno*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1982.

Tampoco pretendemos «descubrir», pero sí conviene mencionarlo en este esquema, el interés americano de Unamuno y en particular su deseo de comprender y estudiar la «argentinidad» a través de numerosos trabajos que conciernen a cuestiones fundamentales de nuestras letras, desde las páginas dedicadas a Sarmiento hasta su visión de la literatura gauchesca, desde su interés en figuras liminares de nuestra historia –como Mitre– hasta su acucioso acercamiento a las obras de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez.

No está demás mencionar aquí que Unamuno entrevió con inteligencia la verdadera base –y fuerza de sustentación– de lo que podríamos llamar un moderno ideal hispánico de comprensión mutua. Una vez más, a propósito de esta cuestión, la observación de Guillermo de Torre apunta a lo esencial: «Desde el primer momento advirtió [Unamuno] que el único puente de enlace sólido entre España e Hispanoamérica no era la raza, sino la lengua»⁵⁷.

La presencia de Unamuno y de Ortega en la Argentina no sólo fue importante en la época a la que nos referimos en el presente trabajo sino que mantiene aún hoy su vigencia entre nosotros, según señala Enrique Zuleta Álvarez⁵⁸.

El camino de Ortega en la Argentina es más «visible» que el de Unamuno, pero el del rector de Salamanca no es menos intenso. Un buen ejemplo lo constituye una obra como *Diálogo existencial*, de Carlos Alberto Erro, publicada en 1937 «A la memoria de Miguel de Unamuno», en cuyo transcurso se siente a cada paso la tremenda fuerza de inspiración que ejerce en ella el autor de *Niebla*, al que Erro vincula con los nombres más prestigiosos de la tradición filosófica irracionalista de Occidente. «Unamuno –sostiene Erro– tiene títulos para ser considerado como uno de los grandes profetas de nuestro tiempo. Hoy parece mucho más actual que al finalizar el siglo pasado»⁵⁹. Conviene tener presente que esta observación de Erro es válida no sólo para la Argentina sino inclusive para la propia España, donde la influencia ejercida no sólo por Unamuno sino en general por los hombres de la generación del 98 «es tardía e indirecta: comienza a sentirse precisamente en los años del triunfo de la generación siguiente»⁶⁰, fenómeno que trasunta no sólo la «modernidad» de Unamuno sino también cierta sincronía de su «presencia» a ambos lados del Atlántico.

⁵⁷ Cf. Guillermo de Torre, Tres Conceptos de la literatura hispanoamericana, Buenos Aires, Losada, 1963, p. 58.

⁵⁸ Ver su trabajo «El ensayo español en la Argentina». en Relaciones literarias entre España y la Argentina, Buenos Aires, Embajada de España, 1992, pp. 165-189; cf. 0. 187.

⁵⁹ Ver Carlos Alberto Erro, Diálogo existencial, Buenos Aires, Sur, 1937.

⁶⁰ Ver Gonzalo Torrente Ballester, Panorama de la literatura española contemporánea, Madrid, Guadarrama, 1961.